



9 / Guayaquil  
II semestre 2022  
ISSN 2631-2824

# El trabajo de la memoria en *El perpetuo exiliado*, de Raúl Vallejo

215

Carmen de Mora  
Universidad de Sevilla

*El perpetuo exiliado* (2016), Premio de Novela de la Real Academia Española 2018, es, en mi opinión, una de las mejores obras de Raúl Vallejo.<sup>1</sup> Como ha resumido el propio autor, en ella se narran fundamentalmente dos historias imbricadas: la trayectoria política de José María Velasco Ibarra, que abarca un extenso período de la historia de Ecuador en el siglo XX, comprendido entre 1934 y 1972, en que fue derrocado por el general Guillermo Rodríguez Lara, y su historia de amor con Corina Parral, escritora, poeta y cantante argentina, con la que compartió los sinsabores de la presidencia y de los destierros.

---

<sup>1</sup> Raúl Vallejo, *El perpetuo exiliado* (Barcelona: Penguin Random House, 2019).

La combinación de historia sociopolítica e historia amorosa fue un rasgo característico de las ficciones narrativas fundacionales del siglo XIX en Hispanoamérica (*Amalia*, *María*, *Cumandá*, entre otras), que solían responder a un proyecto patriótico, el de contribuir a la formación nacional. En este caso, aunque se cuenta una historia de amor verdadera con personajes reales, lógicamente están ficcionalizados.

216 No obstante, la filiación más directa de *El perpetuo exiliado* es con el subgénero de la denominada *novela del dictador*, inseparable de la novela histórica y de extensa tradición en Hispanoamérica, como es sabido: *Facundo*, de Sarmiento; *Amalia*, de José Mármol; ¡*Ecce Pericles!*, de Rafael Arévalo Martínez; *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias; *El recurso del método*, de Alejo Carpentier; *Yo el Supremo*, de Roa Bastos; *El otoño del patriarca*, de García Márquez; *Oficio de difuntos*, de Uslar Pietri; *La fiesta del chivo*, de Vargas Llosa, entre los títulos más representativos. El interés que despiertan las figuras del caudillo y del dictador continúa siendo de plena actualidad; así, no es casual que Mario Vargas Llosa haya vuelto a este género narrativo en *Tiempos recios*, su última novela, para recrear la historia de Guatemala en los años 50 y 60.

La primera característica que destaca en la historia dictatorial hispanoamericana es la del caudillismo, ya que, con frecuencia, las dictaduras no surgen en torno a un partido, sino tras un individuo que dará su nombre al grupo político que encarna, que se hará conceder títulos especiales: «Restaurador», «Benefactor», «Regenerador», etc., y cuya desaparición del espectro político apareja la del sistema que creó.<sup>2</sup> De la aparición del fenómeno caudillista a su transformación en dictadura sólo había un paso.

---

<sup>2</sup> Véase Juan José Amate Blanco, «La novela del dictador: de José Mármol a Miguel Ángel Asturias», en *Literatura y Sociedad en América Latina*. Dirigido por Valentín Tascón y Fernando Soria (Salamanca: Editorial San Esteban, 1982), 193.

Un lejano precedente de figuras como Velasco, salvando las distancias, sería el *Facundo* de Sarmiento, que significó el primer retrato completo de la figura del *caudillo* y le sirvió al escritor argentino para caracterizar la dictadura de Rosas. El protagonista de *El perpetuo exiliado* se mueve también en un terreno ambiguo entre la figura del *caudillo* y la del dictador, más cerca del primero, quizá, por el sentido mesiánico que le daba a su gestión política, aunque él mismo se autoproclamó dictador en dos de sus mandatos presidenciales. Otro rasgo significativo del *Facundo* es que constituyó el primer trabajo en el que se dio una relación de atracción/rechazo entre el creador y el personaje. En *El perpetuo exiliado*, más que atracción por el personaje, se evidencia la intención de mostrarlo desde fuera, a través de la opinión de los otros, pero también desde dentro, desde su propia conciencia torturada, sin condenarlo de forma explícita, tarea que le corresponde en este caso al lector. Tal vez por la misma razón, Velasco Ibarra, aun sin ser absuelto de sus errores y culpas, no está sometido a la animadversión que sí se detecta en otras novelas del dictador, como *El señor presidente*.

217

En la novela se lleva a cabo una minuciosa reconstrucción de sucesos reales recreados a través de la ficción, cumpliéndose una vez más esa máxima de que para conocer la Historia verdadera de América Latina hay que acudir a su literatura, o, en palabras de Vargas Llosa: «A largo plazo, la literatura es el mejor testimonio sobre la verdad de una época»<sup>3</sup>.

Estructurada en siete capítulos, se compone, además, de seis interludios y un apéndice. Los interludios son aquí piezas de carácter autorreferencial en las que se ofrecen indicaciones

---

<sup>3</sup> Entrevista, *ABC Cultural*, 21 de octubre, 2019.

relativas a la elaboración de la novela y a los materiales utilizados, entreverando siempre informaciones verdaderas con otras de carácter ficticio. En el primero, el narrador —que se identifica con el autor implícito— habla de su abuelo, gobernador de Manabí de 1953 a 1954, durante el tercer mandato de Velasco, que fue la persona que le entregó (en la ficción) el primer manuscrito que le sirvió al autor para llevar a cabo la novela.

218 La organización temporal del discurso presenta una estructura inversa, ya que comienza por el final de la historia: la muerte de Corina, la segunda esposa de José María Velasco, a la que se sentía muy unido, al caer desde el estribo de un autobús en Buenos Aires. En el momento de morir imagina a su esposo, ya viudo, después de haber sido su compañera durante más de cuarenta años y de haber vivido junto a él cuatro golpes de Estado, a los que sobrevivió. Desde ese trance la novela avanza de manera retrospectiva —como en «El viaje a la semilla», de Alejo Carpentier— desde la mañana de ese miércoles 7 de febrero de 1979<sup>4</sup> hasta reconstruir todo el pasado político de Velasco, pero no de manera continua, sino mediante avances y retrocesos. Desde el capítulo II, la narración se focaliza principalmente en José María Velasco, quien había roto cuatro veces el orden constitucional y fue derrocado por el general Guillermo Rodríguez Lara al final del carnaval de 1972, para terminar refugiándose en Buenos Aires. Se explican las circunstancias del golpe de Estado, se evoca el matrimonio de Corina y Velasco en 1963 y, más atrás, cuando se conocieron y él estaba casado con María Ester Silva.

Una de las características más destacadas que presenta la obra, por tanto, concierne a las relaciones entre tiempo y narración,

---

<sup>4</sup> Se conocieron en 1934 en una recepción ofrecida por el ministro Plenipotenciario del Ecuador en Argentina, en homenaje a José María Velasco, quien se encontraba de visita oficial en Buenos Aires, como presidente electo.

en la que distingo dos procedimientos que la singularizan. Uno de ellos consiste en la técnica de la anacronía (G. Genette), por la que se introducen frecuentes alteraciones temporales entre pasado, presente y futuro que exigen una mayor participación del lector para ordenar los hechos, aunque no resulta difícil seguir el hilo de la historia por la habilidad del autor para captar la atención. La segunda es la de la postergación, es decir, se anticipan acontecimientos que solo se desarrollarán posteriormente, en un lugar más avanzado de la narración, técnica que, al igual que la anterior, reclama del lector una lectura más atenta y comprometida, al tiempo que fortalece la cohesión narrativa.

Con respecto a la narración misma, uno de los aspectos que más me han llamado la atención es la utilización de la técnica del desplazamiento, es decir, contar la historia no de forma impersonal o personal, sino a través de distintos testimonios y de las versiones de otros, dando lugar a un tipo de novela fundamentalmente dialógica. Esta actitud implica que el escritor se transforma en un investigador, en un detective que busca desvelar una verdad que normalmente resulta escamoteada en los discursos oficiales, en las versiones del Estado. Frente a ellos —como ha defendido Ricardo Piglia en «Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)» (2001)—están los relatos que circulan en la sociedad: pequeñas historias, microrrelatos y todo tipo de testimonios. En *El perpetuo exiliado* son varias las perspectivas que se superponen y contrastan para ofrecer una imagen poliédrica de la figura de Velasco: las cartas que se intercambiaron Corina y Velasco a comienzos de 1936, desde el exilio del primero en Sevilla (Colombia), una vez destituido por los militares; la carta pública de María Ester Silva Burbano, la primera esposa de Velasco, fechada

el 14 de septiembre de 1934, y dirigida «A las damas ecuatorianas», en la que ella se presentaba como víctima del abandono de Velasco y se quejaba de que su marido hubiera solicitado la nulidad matrimonial; sentía que él la había utilizado para introducirse en la sociedad quiteña. La tarde antes de escribir esta carta se desquitó hablándole de Velasco a César Mantilla, dueño del matutino quiteño *El Comercio*, que se convertiría en una trinchera política para atacar a Velasco.

220

Se transcriben, igualmente, las voces del pueblo, de quienes acudían desesperados a las audiencias del presidente para ser escuchados, también las voces de los poderosos que lo acusaban de demagogo, megalómano, tirano y loco; el testimonio de Alfredo Vera, sobre «La Gloriosa», la rebelión del 28 de mayo de 1944, que derrocó al presidente Carlos A. Arroyo del Río y llevó a la presidencia a Velasco, apoyado en esa ocasión por los comunistas (ADE). Vera, hermano del escritor Pedro Jorge Vera —muy crítico con Velasco—, era un militante que llevó a cabo la revolución con el pueblo, que fue nombrado ministro de Educación y más tarde destituido sin previo aviso. Otras voces fundamentales corresponden a las denominadas en la novela «páginas inéditas del Diario de los exilios, encontradas por el autor en un puesto de libros viejos en el mercado de San Telmo», de Corina del Parral, de carácter ficticio, que nos acercan a las visiones más íntimas de la mujer acerca de las experiencias vividas junto a Velasco. En una carta escrita a raíz de la que hizo pública María Ester (páginas 96 a 98), se comprende que su relación con Velasco fuera duradera, porque ella compartía la misma visión patriarcal de la mujer (sumisa, sometida al esposo, sin protagonismo, protectora en los malos momentos, incondicional): «Yo consagraré mi vida a ese

lugar invisible en el teatro de la vida para que tú puedas cumplir aquello que ha dispuesto para ti nuestro señor» (99). Y califica su actitud (la de él) de «quijotismo revolucionario». Más adelante, en una conversación con la hija de César Corral, gobernador de Manabí, Corina le explica que acompañar en silencio al presidente le daba sentido a su existencia. Muy distinta es la actitud de la madre de Velasco, al censurarle a su hijo que quisiera convertirse en dictador, y, obviamente, la de su exmujer. Pedro Jorge Vera, autor de una novela en clave esperpéntica sobre Velasco (*El pueblo soy yo*), pensaba que Corina, con la intención de salvar a su marido del juicio negativo de la historia, trazaba en el diario un retrato de todos los que se aprovecharon del político. Para Vera, Velasco era un megalómano rodeado «de hombres ensoberbecidos por el dinero». A esas imágenes se suman los «Apuntes de don César Corral, Gobernador de Manabí», quien caracteriza a Velasco como un santo o un asceta; las memorias de Max Badweather, exagente de la CIA en el Ecuador, e incluso una carta del Che Guevara, de simpatía y aprobación por la postura mostrada por Velasco frente al imperialismo norteamericano, en la que le ofrecía una colaboración más estrecha con Cuba.

Por último, a través de los monólogos del protagonista, nos asomamos a su ánimo torturado. En ellos aparece José Vicente Trujillo, representante del partido liberal radical, amigo de Velasco un tiempo, y más tarde enemigo, que lo culpa de haber lanzado en una ocasión a la muchedumbre enardecida y borracha contra los congresistas. El expresidente sufre otras pesadillas en las que diferentes personajes y momentos distintos de su mandato perturban su sueño, como Carlos Alberto Arroyo del Río, del partido liberal, quien fue presidente de Ecuador, entre 1940 y 1944, y, más

tarde, en Colombia, ya como expresidente, escribió parte del libro *En plena vorágine*, contra Velasco.

El exilio de Velasco en Buenos Aires coincidió con el golpe de Estado que derrocó el gobierno de María Estela Martínez e instauró la Junta cívico-militar (24 de marzo de 1976), sometiendo a la sociedad argentina a una brutal represión de la que se ofrecen suficientes indicios en la novela. En esas, y en otras circunstancias anteriores, Velasco no puede dejar de pensar con terror en las muertes de jóvenes disidentes durante sus propios gobiernos: la del estudiante Isidoro Guerrero, fantasma que lo perseguiría toda su vida; la de Milton Reyes, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, capturado y torturado por los militares hasta morir; y la del estudiante y militante socialista Rafael Brito Mendoza, desaparecido en Guayaquil el 17 de agosto de 1970.

222

Estilísticamente, uno de los máximos logros de la novela es la capacidad de Vallejo para adecuar el lenguaje a la mentalidad y a los pensamientos de los personajes, principalmente de los protagonistas, de forma que el lector puede alcanzar a imaginarse cómo fueron en realidad.

No es posible comentar en tan poco espacio los múltiples entresijos de esta extensa obra: las experiencias de Velasco y Corina en Buenos Aires, los comentarios sobre el peronismo, la identificación de la mujer con Eva Perón, el encuentro ficticio de Velasco con Borges en la cafetería Richmond, las alusiones al grupo Sur de Victoria Ocampo o la represión y secuestro de escritores comprometidos como Haroldo Conti. Por último, en un apéndice, tal vez prescindible, explica el autor que la novela es un palimpsesto entretejido de manuscritos de orígenes diversos;



cabe añadir, también, de referencias explícitas o implícitas a las múltiples lecturas, a otros textos literarios que han quedado registrados en el trabajo de su memoria activa.

Más que una novela comprometida, palabra ya en desuso, *El perpetuo exiliado* es una novela ética y polifónica que se resiste a aceptar una única versión de la realidad —una versión autoritaria, por tanto—, y que propone, en cambio, atender a los distintos testimonios resultantes de una paciente y rigurosa investigación histórica.